

Bajo los médanos: paisaje funerario y tradiciones compartidas al sur de los Valles Calchaquíes, primer milenio de la Era

Leticia Inés Cortés¹

Resumen

En este trabajo se dan a conocer las características de un contexto funerario datado en ca. 1900 años AP procedente de un gran cementerio emplazado en un médano en la localidad de La Quebrada, sur del valle del Cajón. La recurrencia observada en la disposición de los muertos en dunas de arena durante épocas prehispánicas y las posibles implicancias de esta práctica se exploran desde una perspectiva teórico-metodológica que considera al paisaje como resultado de las tareas del habitar. Se sostiene que la percepción corporeizada actual, en combinación con otras herramientas analíticas permite indagar acerca del rol de los muertos en la construcción del paisaje y en la ordenación de los trayectos cotidianos. Como resultado, se argumenta que el carácter sensorial de ciertas materias fue uno de los recursos utilizados para definir al ámbito funerario dentro del de la vida cotidiana durante momentos tempranos al sur de los Valles Calchaquíes.

Palabras clave: paisaje funerario - período Formativo - valle del Cajón - Noroeste argentino

Abstract

This paper is aimed at discussing a funerary context dated to ca. 1900 years BP coming from a big cemetery area emplaced in a sand dune in La Quebrada locality, southern Cajón valley. The observed recurrence in the disposition of the dead in sand dunes during pre-Hispanic times, as well as some possible implications of this practice are explored from a theoretical and methodological framework that considers landscape as the result of dwelling activities. The combination of an embodied perception with other analytical tools allows inquiring into the role of the dead in the construction of the landscape and the reordering of everyday paths. As a result, it is argued that the sensorial character of certain matters was one of the resources used to define the funerary sphere within the practice of dwelling during the Formative Period in the southern Calchaquíes valleys.

Keywords: funerary landscape - Formative period - Cajón valley - Northwestern Argentina

¹ CONICET-Museo Etnográfico «Juan B. Ambrosetti», Moreno 350 (C1091AAH) Ciudad Autónoma de Buenos Aires. leticiacortes@gmail.com

Introducción

Las reflexiones que siguen pueden sintetizarse en una pregunta: «¿dónde en un ambiente que lleva la impronta de la actividad humana podemos trazar la línea entre lo que es y lo que no es, una casa, o un edificio, o una instancia de la arquitectura?» (Ingold 2000:174, citando a Parker Pearson y Richards 1994). Así como en la construcción de los objetos existe una apropiación de lo natural, de la materia que es transformada y resignificada, lo que usualmente consideramos como naturalmente dado —el paisaje— también es apropiado, valorado y clasificado, incluido en los mitos y cosmovisiones, por ende, creado. En tal sentido, si «las cosas pueden ser hechas sin sufrir ninguna alteración física» (Ingold 2000:175), los órdenes de lo natural y lo artificial se vuelven difusos, o bien, poco operativos en su aplicabilidad a otras sociedades cuyos modos de pensamiento utilizaron distintos sistemas de ordenamiento para crear mundos significativos (Goodman 1990). Partiendo de estas premisas, a continuación argumentaré que la distinción categórica entre lo naturalmente dado y lo hecho por el hombre es una forma particular de observar la realidad que a mi entender no se ajusta completamente a la interpretación del paisaje y las evidencias funerarias hasta el momento recabadas al sur del valle del Cajón.

Me centraré en uno de los varios contextos funerarios recuperados como parte de las investigaciones que he realizado como miembro del equipo dirigido por María Cristina Scattolin durante los últimos años en la localidad de La Quebrada (Departamento de Santa María, Catamarca). Se trata de un entierro emplazado en una gran duna de arena excavado como producto de un rescate arqueológico durante el año 2009. El mismo ha sido fechado en 1915 ± 47

años AP (AA87286), esto es, 32 años a. C. a 224 años d. C. (calibrados, 2 sigmas)², adscrito por tanto, al período Formativo del Noroeste argentino.

La gran duna es en sí un área de cementerio prehispánico que se halla equidistante de las aldeas formativas de Cardonal y Bor-do Marcial las cuales continúan siendo objeto de investigaciones sistemáticas (Scattolin *et al.* 2009a, b). Este gran médano, que hemos denominado «Cementerio Duna»³, posee una larga historia de saqueos y anécdotas locales. Es muy probable que de él provenga parte de la colección que perteneciera al Padre Baudilio Vázquez hoy depositada en el Museo Eric Boman de Santa María, que atesora piezas excepcionales del período Formativo.

A continuación la discusión se estructura en tres partes: en primer lugar, explicitaré el marco teórico-metodológico que empleo en el estudio de los contextos funerarios, los cuales, sostengo, no pueden considerarse escindidos del paisaje en el cual se emplazan. En tal sentido, algunas de las varias aproximaciones englobadas dentro de la «arqueología del paisaje» se vuelven fun-

² Todos los análisis radiocarbónicos fueron realizados en el Laboratorio de AMS de la Universidad de Arizona, Estados Unidos. Para las calibraciones se utilizó el programa *Calib - Radiocarbon Calibration Program* (Stuiver y Reimer 1986-2005). Se expresan los valores extremos para las calibraciones de 2 sigmas.

³ El «Cementerio Duna» fue referido en una publicación anterior como «Cementerio Vázquez» (Scattolin *et al.* 2010). Hemos optado por cambiar la denominación de este sitio a fin de no hacer referencia en su nombre a quien fuera coleccionista de piezas arqueológicas, el Padre Baudilio Vázquez. El padre Vázquez conformó una extensa colección hoy conservada en el Museo Eric Boman de Santa María; parte de las piezas, sabemos por información oral, muy probablemente provendrían de este sitio.

damentales a mi análisis e interpretación de las prácticas funerarias del pasado —y de las prácticas de depositación de los cuerpos en general. En segundo lugar, describiré las cualidades particulares del contexto funerario que es objeto de este trabajo y de otras evidencias —arqueológicas, históricas y actuales— que resultan significativas a una línea interpretativa que considera a la arqueología, la antropología y la bioarqueología como aspectos de una misma tarea inquisitiva (Ingold 1993:152). Finalmente ofrezco una discusión e interpretación de dicho hallazgo en el marco temporal y espacial de su ocurrencia. Globalmente, se espera que este artículo promueva una perspectiva multidisciplinaria en el estudio de los cuerpos del pasado.

Paisajes funerarios, paisajes cotidianos

En lo que se ha vuelto un estudio antropológico clásico sobre percepción de la muerte, Metcalf y Huntington se planteaban: «*What could be more universal than death? Yet what an incredible variety of responses it evokes*» (Metcalf y Huntington 1991:24). Hacían así referencia a la universalidad de la muerte en términos biológicos, en contraposición a las formas culturales de enfrentarse con ella. Al mismo tiempo argumentaron sobre la necesidad de considerar la rareza de nuestras propias prácticas funerarias como punto de partida para incluirnos a nosotros mismos dentro de la variabilidad de formas culturales de pensar a la muerte y los muertos, indicadores en última instancia de otros sistemas de creencias (Metcalf y Huntington *op. cit.*:26).

Tempranamente, Maurice Leenhardt (1947:24) reflexionaba acerca de «las oposiciones que integran la base de nuestro entendimiento: vida, muerte; animado, inanimado; sí, no», y agregaba que «tales oposi-

ciones impiden muy a menudo al etnólogo penetrar en el espíritu de las gentes a las que se dirige». Estas categorías están implícitas en las formas del designar. En referencia al tema que aquí nos ocupa, debemos reconocer que las palabras «muerte» o «funeral» necesariamente generan asociaciones ancladas en el significado que nosotros damos a dichos conceptos (Gittings 1984), e incluso pueden predefinir su experiencia e interpretación (Owoc 2004:18). En tal sentido, no debemos olvidar que hasta las taxonomías que en el imaginario académico obtienen un criterio de verdad incuestionable (por ejemplo, aquellas derivadas de las ciencias biológicas), son en realidad, al igual que otras categorías, producto de una construcción histórica (Dupré 2006, Geller 2008). Por tanto, aunque el carácter imbricado del lenguaje y el pensamiento sea hasta cierto punto insalvable, reflexionar acerca de lo que se ha vuelto normal desde nuestra racionalidad debe ser el comienzo de cualquier investigación que busque aproximarse a las concepciones históricamente específicas de la muerte en el pasado.

El punto de partida es reconocer que los muertos pasan a ocupar su lugar social en tanto tales no sólo por la ocurrencia del deceso biológico, sino fundamentalmente, por su tratamiento posterior a la muerte. En otras palabras, el rol principal de dichas prácticas es *crear* a los muertos, esto es, incluirlos en un sistema de referencia específico dentro del cual cobran sentido y existencia: lo socialmente prescripto —el ritual funerario— transforma la muerte, en una «buena muerte» (en el sentido de Bloch y Parry 1982).

Estas reflexiones nos remiten inmediatamente la acción clasificatoria, un tema central que subyace a toda tarea científica y a las interpretaciones que de ella resultan. Tal como Dupré ha argumentado, las clasi-

ficaciones «son buenas o malas para distintos propósitos, y diferentes propósitos motivarán diferentes clasificaciones», y más importante aún, distintas clasificaciones que obedecen a distintos propósitos clasificatorios podrán entrecruzarse y solaparse (Dupré 2006:30). En tal sentido, la aproximación que aquí propongo no inhabilita otras interpretaciones de las evidencias consideradas, en todo caso, debe ser entendida como complementaria a otras posibles miradas sobre el mismo objeto de estudio. Así, en el proceso de conocer el pasado, es el cuestionar, historizar y, si fuera necesario, deconstruir las categorías mediante las cuales es pensado, el objetivo último. No se plantea deshacernos de nuestras categorías, antes bien, evaluarlas, ya que será sólo a partir de ellas que notaremos los contrastes con otros sistemas de ordenamiento que han dejado su impronta material en el registro. Esto no equivale a caer en un relativismo extremo, por el contrario se trata en este ejercicio de aprovechar la exclusión del investigador reconociendo su propia inclusión en otro sistema de creencias (Bourdieu 1991:116-7).

Un repaso histórico sobre los trabajos englobados en la «arqueología funeraria» permite detectar que, a lo largo del tiempo, distintas perspectivas teóricas fueron modificando la manera en que los contextos funerarios eran estudiados, y las distintas variables que fueron tomando preeminencia en su interpretación. La consideración del «paisaje» como un elemento ineludible al análisis de las prácticas funerarias fue tempranamente destacada por Parker Pearson (1982) quien propuso que el emplazamiento de los muertos debía ser entendido en términos de una «disposición social» (*social placing*), índice de una categorización expresada materialmente en el contexto funerario (Parker Pearson 1982:112). Se oponía así explícitamente a la consideración de los

contextos de entierro en aislamiento, como unidades analíticas en sí mismas, una acción que «recortaba» estas evidencias de los trayectos de la vida cotidiana, tomándolas como entidades cerradas e independientes del paisaje circundante. En su planteo, incluyó como variables significativas los límites o fronteras que pudieran haber separado los ámbitos de la vida y la muerte, tales como ríos, cercos, la distancia física que podría ir desde el entierro bajo los pisos de habitación hasta el emplazamiento en puntos destacados del paisaje, y las diferencias en las cualidades físicas de dichos ámbitos. De alguna forma, esta postura ya prefiguraba las aproximaciones fenomenológicas aplicadas al estudio de las prácticas funerarias.

A la luz de aquellos trabajos pioneros, las investigaciones que se sucedieron reafirmaron la importancia de «levantar la mirada» y observar el lugar que ocupan los cuerpos en el paisaje y cómo a su vez configuran los espacios de la vida doméstica (Parker Pearson 1993, Bender *et al.* 1997). *The space and place of death* (Silverman y Small 2002) fue una clara evidencia de este continuo interés por las variables espaciales en el estudio de la muerte como fenómeno social, al cual se sumaban además los beneficios de una mirada integradora de las disciplinas etnográfica y arqueológica en su interpretación.

El advenimiento de un cambio fundamental en la manera en que el paisaje fue considerado un factor ineludible en el estudio de las prácticas funerarias vino asociado al auge de lo que se conoció como «arqueología del paisaje» (e.g. Ashmore y Knapp 1999). Inspirado por la geografía humanística y la fenomenología, Chris Tilley, uno de los principales expositores de esta tendencia, partió de la definición del espacio como un producto social, diferenciándolo de la idea de un simple fondo neutro donde

la actividad transcurre (Tilley 1994, 2004). Se distanciaba así de aquellas perspectivas ambientalistas que reducían los paisajes a una lista de parámetros funcionales y adaptativos, considerándolo irrelevante al estudio de las prácticas funerarias (Tilley 1994).

Este tipo de acercamiento se tradujo en la consideración de variables que no habían sido examinadas antes en profundidad. Así, a partir de una metodología que implica un compromiso (*engagement*) activo con el paisaje, esto es, transitarlo y apreciarlo a partir de los sentidos, variables como las cualidades del terreno, su relación con puntos topográficos específicos del paisaje, el impacto visual generado a partir de su encuentro, las posibilidades visuales habilitadas u obliteradas en la localización de cada uno de ellos, comenzaron a pesar en la interpretación de las prácticas de entierro (e.g. Thomas 1993, Cummings y Whittle 2003, Fowler y Cummings 2003), suscitando al mismo tiempo diversas críticas (e.g. Fleming 1996, 2006, Barret y Ko 2009).

Asimismo, algunos autores plantearon la necesidad de poner en consideración la experiencia humana de las cualidades físicas de los materiales: texturas, pesos, temperaturas, durabilidad, dureza, etc., propiedades que aunque no podrían ser pensadas como ajenas a la arbitrariedad del significado, pudieron haber canalizado asociaciones metafóricas similares en distintos tiempos y lugares, funcionando como fuentes de hipótesis a ser exploradas contextualmente (Parker Pearson 2002, 2004). Basándose en estudios etnográficos y testeando la aplicabilidad de sus observaciones en contextos arqueológicos, Parker Pearson y Ramilisonina (1998) atendieron a las cualidades de los materiales constructivos utilizados en tumbas y casas, entendiendo que ellos podrían ser una metáfora sensorial de la particularidad de los ámbitos de la vida y la muer-

te. Las perspectivas «sensoriales y corporales» se sumaban así a la variabilidad de herramientas teóricas y metodológicas en el análisis de la concepción de la muerte en el pasado.

Este trabajo toma en cuenta estas perspectivas, las cuales se reunieron en la voluntad de explorar cuál había sido el rol de la depositación de los cuerpos en la construcción del paisaje durante momentos tempranos al sur del valle del Cajón. Este artículo es un recorte sobre las evidencias previamente consideradas (Cortés 2011).

El Cementerio Duna de la Quebrada

El valle del Cajón se extiende en sentido norte-sur a lo largo de 90 km entre los 66° 00" y 66° 30" de Longitud W y los 26° 10" y 27° 00" de Latitud S (Fig. 1). Surcado por el río Cerro Colorado, sus aguas nacen en el Nevado de Chuscha, el punto de mayor elevación en esta área (5468 msnm), y descienden paulatinamente hasta el Campo del Arenal (2.300 msnm). Dentro de este valle, la localidad de La Quebrada (3.200 msnm) se recuesta sobre la vertiente oeste, y queda comprendida entre el fondo del valle, al este, y las estribaciones de la Puna sur, al oeste. Ocupa un lugar estratégico que pudo haber sido de importancia fundamental en el tránsito y redes de intercambio en el pasado prehispánico, conectando a la gente, los estilos y los recursos de los valles de altura con aquellos de las tierras bajas y de las altitudes puneñas (ver Scattolin *et al.* 2007, 2009a, 2009b).

El sur del valle posee un clima semiárido, con gran amplitud térmica diaria. Las precipitaciones ocurren estacionalmente durante los meses de verano, y los registros del fondo del Bolsón del Arenal no superan los 250 mm en promedio anual. Suelen producirse fuertes lluvias estivales, algunas de

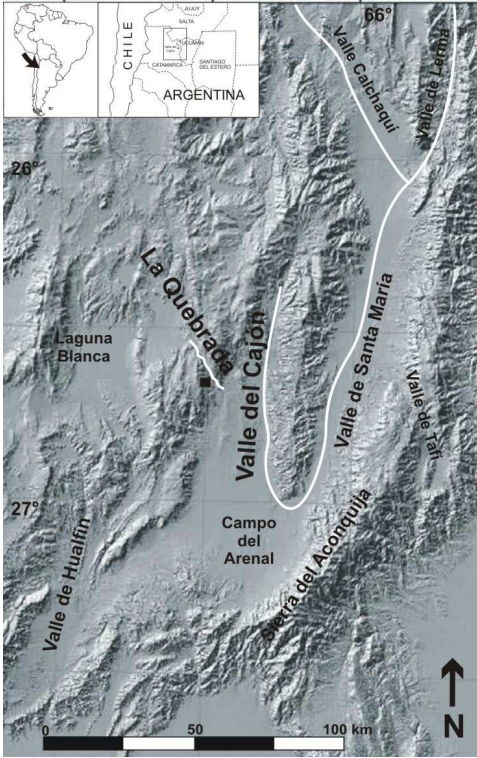
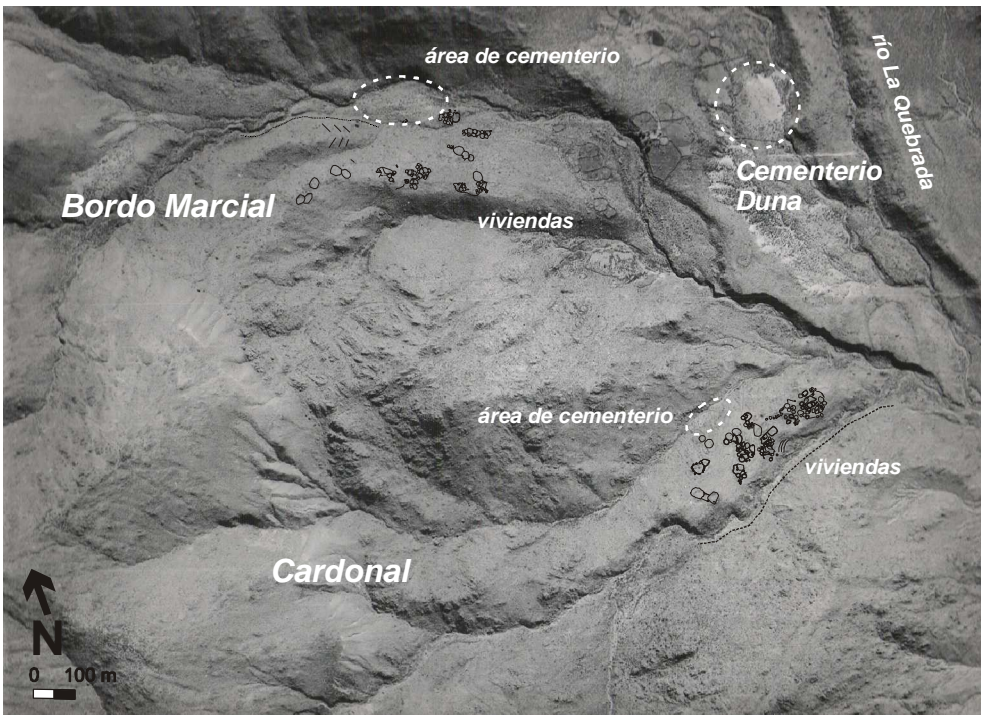


Figura 1. Mapa que señala la ubicación del valle del Cajón y la localidad de La Quebrada en el Noroeste argentino.

Figura 2. Foto aérea del área de La Quebrada. Se observa el gran médano «Cementerio Duna», las estructuras de las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial y las áreas de cementerio en terrenos medianosos adyacentes a éstas.



las cuales incluso han modificado de forma abrupta el curso de arroyos. Durante la temporada invernal, el clima suele ser muy frío, con fuertes vientos que pueden durar hasta semanas sin interrupción y nevadas ocasionales.

Estas características climáticas tienen efecto directo en la tasa de denudación del suelo y acarrear consecuencias sobre la arqueología local, ya que cada año en que hemos realizado nuestras tareas de campo ha sido una constante que el paso de las lluvias o lo fuertes vientos dejaran al descubierto restos humanos, objetos y estructuras que habían estado ocultas en años anteriores. El contexto que este artículo considera es producto de uno de esos hallazgos fortuitos y del rescate arqueológico efectuado en consecuencia. Es preciso decir que, además de éste, otros siete contextos de características y cronologías diversas —que abarcan desde el 6000 AP al 1300 AP— han sido recuperados en el área de estudio (de unos 2 km² de extensión), lo cual denota la larga trayectoria y resignificación de este paisaje para el entierro de los muertos a lo largo del tiempo (ver Cortés 2011).

El área de estudio comprende dos terrazas de escasa pendiente que bordean casi completamente un cerro de mayor altura (Fig. 2). Sobre la parte media-baja de cada una de estas formaciones, se asientan las aldeas formativas de Cardonal, en la terraza sur, y Bordo Marcial, en la terraza norte. La superficie de estas mesadas está surcada por cárcavas labradas por el curso del agua. Una de las características que destaca a Cardonal y Bordo Marcial es su particular disposición. La distribución de las estructuras de habitación exhibe un patrón de notable simetría, ya que en ambos se utilizaron criterios de organización del espacio similares. Este patrón se refuerza aún más por la presencia de dos áreas de cementerio emplaza-

das en suelos medanosos ubicadas al norte de cada sitio, pero separadas de éstos por pequeños cauces estacionales (Scattolin 2010, Cortés 2011).

De manera casi equidistante a dichas aldeas, en la parte baja junto al río La Quebrada, se halla un gran médano de arena fina y clara, al cual los pobladores refieren como «el verdadero cementerio» (ver Fig. 2). Esta gran duna de forma más o menos circular se destaca nítidamente sobre el paisaje circundante y constituye un punto de referencia obligado a la distancia (Fig. 3). En octubre, tras la época de seca, el médano está en su momento de mayor visibilidad. En abril, una vez pasada la temporada de lluvias, la superficie se cubre de pastos suaves, que le otorgan un tono verde claro, a pesar del cual continúa resaltando a la vista.

Tiene una extensión aproximada de 1 ha. Hacia el este, se recorta abruptamente por el paso del río La Quebrada mientras que hacia el oeste, desciende de manera paulatina hasta converger con un área de cultivos actuales; hacia el norte y sur la duna se pierde naturalmente en su continuación con el paisaje que la rodea. A lo largo de todo su perímetro, una pirca de construcción actual —en parte realizada con rocas provenientes del mismo cementerio— forma un límite artificial que restringe su movimiento natural. En su punto más alto, esta formación alcanza los 3.060 msnm y desciende hasta aproximadamente los 3.044 msnm.

El Cementerio Duna se halla al pie de la casa de la familia Marcial-Chaile quienes han vivido en este lugar desde hace décadas y aún evocan las épocas en que el Padre Baudilio Vázquez llegaba a lomo de mula a la capilla de La Quebrada y solía quedarse allí por un novenario. Aficionado coleccionista de piezas arqueológicas, el Padre Vázquez formó una importante colección, parte de la cual, se nos ha informado, proviene de



Figura 3. El Cementerio Duna de La Quebrada (obsérvese la distribución de piedras en superficie).

este cementerio. Conservada hoy en el Museo Eric Boman de Santa María, este acervo arqueológico atesora un gran número de piezas únicas asignables al período Formativo del Valle del Cajón.

En la actualidad se observan en superficie acumulaciones variables de piedras localmente disponibles, redondeadas y de tamaños regulares. En algunos sectores se agrupan en pequeñas concentraciones, mientras que en otros, se disponen en círculo siguiendo una hilera simple de piedras que puede alcanzar hasta 2 m de diámetro. Al centro de estos círculos, la arena fina forma una leve depresión, indicio probable de antiguas excavaciones. En este sentido, es difícil establecer si lo que hoy se observa como dos arreglos diferentes de piedras responden a dos tipos distintos de estructuras, o bien, si ellas son el resultado de la remoción de las estructuras originales. Apelando a la memo-

ria local, no he podido recabar mayores detalles sobre su aspecto en otras épocas, ya que los pobladores aseguran recordarlo «siempre así».

Numerosos fragmentos de hueso humano, cuentas de collar líticas de color azul intenso y fragmentos de cerámica tosca y fina del tipo gris pulido —muchos asignables a recipientes de dimensiones muy reducidas— se hallan dispersos por toda la superficie, cubriéndose y descubriéndose cada año tras el paso de la temporada de lluvias y vientos. En nuestras inspecciones hemos dado con un hallazgo de cobre y otro de oro que indican que también objetos de metal habrían sido depositados en este lugar (Fig. 4).

En una recorrida de la duna durante el año 2005, se detectó parte de un cráneo, mandíbula y vértebras articuladas aflorando en la superficie en el sector oriental, lugar donde el médano desciende de manera



Figura 4. Hallazgos superficiales del cementerio duna (fragmentos cerámicos, fragmento de oro, cuentas líticas).

abrupta y forma un terraplén que atraviesa la pirca actual llegando hasta el río La Quebrada. Las partes esqueléticas, pese a estar blanqueadas y fragmentadas por encontrarse expuestas a la intemperie, presentaban buen estado de conservación. Se recolectaron estos hallazgos, demarcando el lugar para luego determinar, mediante una excavación, la presencia del resto del esqueleto, y en tal caso, efectuar un rescate del contexto.

Dichas tareas tuvieron lugar en el año 2009. Como primera medida se llevó a cabo un registro de la morfología de la duna mediante el uso de GPS. Se demarcó el perímetro y se planteó un grillado de la superficie total con el objeto de facilitar la ubicación y georreferenciación precisa de los hallazgos. La excavación se inició con el planteo de una cuadrícula de 2 x 2 m centrada en el sector de los hallazgos del año 2005. En superficie se observaban una serie de



Figura 5. Piedras dispuestas sobre el cuerpo.

piedras sueltas que fueron mapeadas y retiradas. A pocos centímetros del lugar del hallazgo original, dos piedras de tamaño algo más grande se encontraban firmes en la arena, una de ellas en posición horizontal y la otra a 45° en la misma dirección que la anterior (Fig. 5). Inmediatamente por debajo de éstas, se detectó la presencia de restos humanos. Se planteó entonces una ampliación de 2 m hacia el oeste y 2 m hacia el norte, esto es, 4 cuadrículas de 2 x 2 m, 16 m² en total. El terraplén natural que la duna forma en este sector generaba un desnivel de más de un metro en sentido este-oeste, por lo que fue necesario nivelar el área de excavación hasta alcanzar la profundidad de los restos óseos. La excavación se realizó por niveles artificiales de 10 cm, tamizando la totalidad el sedimento removido, realizando mapeo y registro tridimensional de los hallazgos.

Al retirar las piedras se observó el esqueleto de un individuo adulto en posición hiperflexionada, formando un paquete muy compacto, con las rodillas sobre el pecho y recostado sobre su lado derecho (Fig. 6). Este gesto corporal es indicativo de que el cuerpo debió haber estado atado o envuelto en algún tipo de material perecedero que no se ha conservado. Estaba completamente articulado. Se orientaba en sentido este-oeste (cabeza-pies respectivamente). Dos fragmentos de calota se hallaron en el sector donde el resto del cráneo fue previamente

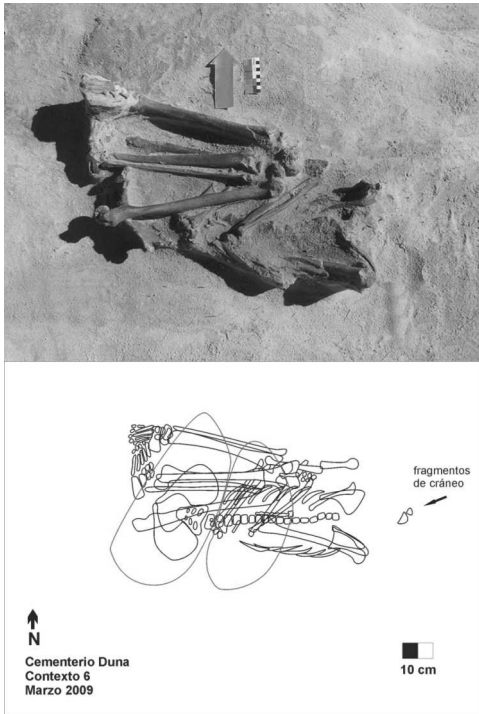


Figura 6. Disposición del cuerpo y piedras, Cementerio Duna.

rescatado. No se recuperaron otros materiales en asociación directa con el entierro.

A partir del análisis bioarqueológico, se determinó que el cuerpo enterrado era el de un hombre de unos 20-25 años de edad. La estimación de sexo se realizó en base a rasgos de la pelvis (morfología general, ángulo de la escotadura ciática mayor, concavidad subpúbica y ángulo subpúbico), morfología de la mandíbula y de la apófisis mastoidea del hueso temporal (Buikstra y Ubelaker 1994). La edad aproximada de muerte se estimó en base a la presencia de una línea incompleta de fusión entre las vértebras sacras S1 y S2, la fusión incompleta de la epífisis medial de la clavícula derecha, morfología de la sínfisis púbica y de la superficie articular del íleon (Todd 1921, Lovejoy *et al.* 1985, Buikstra y Ubelaker 1994,

Scheuer y Black 2000). Para la estimación de estatura se siguieron los lineamientos y estándares de Trotter (1970) para *American White Males*. El resultado obtenido para ambos fémures fue de 1,69 m.

Los otros arenales

No obstante el carácter singular del Cementerio Duna, éste no es el único médano que ha sido utilizado para el entierro de los difuntos en el área de La Quebrada. Como ya se mencionó, lindantes con las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial se hallan dos arenales que han sido asimismo áreas de cementerio y comparten ciertas características formales (ver Fig. 2): ambos se ubican al norte de los sitios de habitación, emplazados simétricamente en relación a las estructuras domésticas. Al igual que el Cementerio Duna, se trata de áreas medanosas, si bien de dimensiones algo más pequeñas que aquél, adyacentes pero a su vez separadas por pequeñas cárcavas labradas por el curso ocasional de agua. En superficie suelen hallarse fragmentos de hueso humano y distribuciones irregulares de piedras mayormente redondeadas. Asimismo, gran cantidad de cuentas líticas aparecen año tras año sobre la arena. La gran mayoría son de forma circular, de diámetros variables, con una perforación central, en tal sentido, no se distinguen de las recuperadas en el Cementerio Duna. Se han hallado también cuentas cilíndricas y se destaca el caso particular de una cuenta antropomorfa procedente del cementerio de Bordo Marcial, similar a otras que se exhiben en el Museo Arqueológico de San Pedro de Atacama (Fig. 7).

Sabemos que las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial estuvieron habitadas entre 1800-1900 AP (Scattolin *et al.* 2009 a y b). Aunque no disponemos aún de fechados que lo confirmen, todo lleva a pensar que los



Figura 7. Cuenta de collar del cementerio de Bordo Marcial (derecha) y cuentas procedentes de San Pedro de Atacama (izquierda) (Fotografía: Florencia Ávila).

cementerios emplazados en las áreas medianosas al norte de Cardonal y Bordo Marcial estuvieron en uso contemporáneamente a dichas aldeas y al Cementerio Duna. Las evidencias en superficie son idénticas en los tres arenales: cuentas de collar de malaquita de distintos tipos y formatos, fragmentos de hueso humano y tiestos cerámicos afloran en la arena entre acumulaciones dispersas de rocas, indicio de antiguas estructuras y evidencia del saqueo sistemático que sabemos afectó por mucho tiempo a estos lugares.

Aunque ésta podría considerarse una práctica particular de esta región, lo cierto es que la asociación de los muertos con las áreas medianosas no es exclusiva de La Quebrada. Distintas evidencias señalan que ésta fue una elección recurrente durante momentos tempranos. Así por ejemplo, a propósito de los numerosos cementerios y tumbas asignables al período Formativo que Vladimiro Weiser registrara en su paso por la falda occidental del Aconquija durante los años 1922-1924 (Scattolin 1986), notablemente, varias de las menciones que realiza en sus diarios y libretas de campo hacen referencia al emplazamiento de las tumbas en terrenos medianosos:

- En Cerrillos, menciona el hallazgo de cuatro tumbas «en un *arenal* al pie del puesto viejo». Una de las cuales dataría del período Tardío y las otras tres del Formativo (Scatto-

lin 1986, énfasis mío).

- En Ingenio del Arenal Alto, describe el hallazgo de un cementerio con 24 tumbas emplazado «en los *médanos* hacia el norte del río Arenal» (Scattolin 1986, énfasis mío).
- En Ingenio del Arenal Bajo, «en los *médanos* al sur del camino que va a Las Conchas se descubrió un cementerio con 4 tumbas» (Scattolin 1986, énfasis mío).
- En Ingenio del Arenal, «un gran pueblo indígena está al pié de la pendiente del contrafuerte en el 'Arenal'. *Un cementerio está cerca de los Arenales*» (Weiser 1922-1924, énfasis mío).
- En Pajanguillo: «en el *médano a la derecha del arroyo* Pajanguillo, cerca de Punta de Balasto halla un 'cementerio de un tribu ajeno (calabera no aplastada)' y 'seis esqueletos en una troja sin cosas'» (Weiser 3/11/1920, en Scattolin 1986, énfasis mío, ortografía original).
- En Santa María: «Se busca *en el arenal a la orilla del Río Secco* por la arena fina el trabajo no rinde, sin hallazgos. Trabajo *en el mismo arenal*: un sótano con una tinaja marleadada, con un puco mejor. El otro sótano: dos esqueletos solamente» (Weiser 19/12/1920, en Scattolin 1986, énfasis mío).
- En Tesoro Alto: halla una tumba aislada y un cementerio con 16 entierros asignables al período Formativo emplazados «en el *médano* que se extiende entre la cuesta Este de

la loma alta y los recintos de siembra indígenas sobre la parte Norte del arroyo Tesoro» (Scattolin 1986, énfasis mío). A propósito de éste, en su libreta de campo registra:

Después de dos días de penosa búsqueda, cuando ya se había perdido la esperanza de encontrar algo, se destapó un sepulcro en el médano que se extiende entre la cuesta del Este de la Loma Alta y los recintos de siembras indígenas sobre la parte del Norte. Extendiendo después las excavaciones sé destapó un cementerio entero de diez y seis sepulcros. En tiempos remotos sobre estos sepulcros había piedras, puestas en cúmulos, como signos exteriores pero el médano, aparentemente en aumento, lo tapó todo. Fue una casualidad que se destapara el primer sepulcro. En general los sepulcros se hallaban apenas a unos 50 cms. bajo la capa con las piedras superficiales. Unas pocas piedras puestas a los lados del esqueleto, como picrado, era todo lo que formaba el sepulcro. En su mayor parte, estas piedras se hallaban cerca de la calavera, que a su vez estaba tapada con algunas piedras formando lajas, las que también tapaban los objetos funerarios que acompañaban al difunto. Casi todos los esqueletos estaban en situación estrechados no en cuclillas, echados al costado derecho, mirando la cara de la calavera hacia el Nor-Este, hacia la fila alta, pero había también esqueletos en diferente situación orientados. Desgraciadamente están todos los cráneos tan podridos por la humedad de la arena que apenas una sola calavera se ha podido conservar. Los huesos indicaban a hombres de una estatura mediana, no grandes. A la par de la calavera, siempre enfrente (hacia Nor-Este) de ella, se hallaban los objetos funerarios. Todos de barro negro, algunos toscos, otros de barro fino, cincelados, de forma y dibujo muy parecidos a los hallazgos de la Laguna Blanca o Corral

Quemado. Objetos de procedencia calchaqui no han sido hallados. Por el modo de tapar, directamente la cabeza y los objetos con piedras de tamaño un poco grande, casi la mayoría de los objetos se han quebrado con el tiempo y el peso. Había también guaicos de malajita y restos de cobre. La impresión de los sepulcros es de que se trata de gente pobre y poco culta. Bóvedas faltaban enteramente así es que no se puede hablar de tumbas. Por no hallar más que este cementerito se terminaron las excavaciones en Tesoro Alto. (Weiser 1922-1924, énfasis mío, ortografía original).

La presencia de cuentas de malaquita («guaicos de malajita»), restos de cobre, las características estilísticas del material cerámico, así como la acumulación de piedras en superficie o cubriendo los restos humanos plantea similitudes ineludibles entre el cementerio formativo de Tesoro Alto (Weiser 1922-1924, Bugliani 2007, 2008), el Cementerio Duna y los cementerios de Cardonal y Bordo Marcial, los cuales muy probablemente hayan estado en uso en momentos contemporáneos (Scattolin com. pers.).

Claro está, los grupos asentados en el valle del Cajón y la falda occidental del Aconquiya debieron haber asociado significados localmente específicos a sus rituales funerarios. No obstante, de la misma manera que las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial comparten recursos estilísticos con áreas vecinas que se pueden ver a la distancia, como Cerrillos, Tesoro y otros sitios de la falda, las similitudes formales en las prácticas funerarias son otra evidencia de una manera de hacer las cosas, de estilos y materiales que trascienden los espacios y nos hablan de hábitos y tradiciones compartidas, de «estilos como recursos» (Scattolin 2007) que a través del paisaje, conectan regiones distantes.

Las libretas de campo no dejan dudas respecto de la voluntad de Weiser de explorar las áreas de médanos y arenales especialmente, en tanto conocía bien la asociación de estos lugares y la presencia de tumbas prehispánicas, tarea que lleva a cabo con distinto éxito. En 1922 recorre Chafíñán, al sur del valle del Cajón, donde menciona haber ido a la zona de arenales en busca de cementerios (Weiser 1922-1924):

Se terminan hasta el mediodía las excavaciones en el *arenal*. A la tarde se busca en el pueblo un poco más abajo, pero siempre sin cualquier resultado. Yo mismo reviso al campo hasta la loma negra *en la idea que posiblemente los grandes arenales tendrán un cementerio*, pero no encuentro ni tejos. Pero sospecho no de menos, que los indios tenían sus cementerios en el grande campo (Weiser 1922-1924, énfasis mío).

Pero todas nuestras excavaciones en todos los puntos, rincones y *médanos que podían servir para un cementerio*, no dan resultado (Weiser 1922-1924 refiriéndose a la región alta de Los Campitos, falda del Aconquija, énfasis mío).

Al menos, nos fue imposible encontrar un cementerio tan grande que respondiera al número de viviendas. A pesar de una prolija recorrida de toda la cuesta, *de todos los lugares que podían servir para cementerios, a pesar de extensas excavaciones en los arenales hasta lejos*, en el bajo campo de Pozuelos, no pudimos hallar un cementerio (Weiser 1922-24, en Zarzo, falda occidental del Aconquija, énfasis mío).

En otras oportunidades, es su acompañante Wolters el que va a revisar cada arenal en busca de antiguas tumbas:

Dos días fueron las excavaciones sin resultado aún cuando Wolters fue hasta los *médanos*, 1/2 legua hacia el Oeste del ferrocarril nacional. Al tercer día se destaparon cuatro sepulcros (Weiser 1922-24, en Cerrillos, falda occidental del Aconquija, énfasis mío).

Todos los esfuerzos para hallar más sepulcros en Los Campitos fueron vanos. De vuelta *hice recorrer todos los arenales* pero sin resultado. *Solamente al pie del puesto viejo, donde hay un pequeño arenal y donde también el propietario anterior don Ramón Ponce descubrió y explotó las tumbas se hallaron algunos sepulcros mas de adultos* en los cuales los esqueletos yacían entre algunas piedras para límite en los lados. Faltaba una tapa como tenían todos los sepulcros de Los Campitos, y la capa de tierra que los cubría era algunas veces de apenas 20 cms. Solamente se hallaron cuatro objetos cerca de dos esqueletos, objetos de arcilla negra, platitos y una jarrita todos muy rotos y de color negro (Weiser 1922-1924, énfasis mío).

Weiser no fue el único en registrar la asociación entre los muertos y las áreas medanosas en épocas prehispánicas. Otras menciones dan cuenta de la extensión temporal y regional de estas prácticas. Por ejemplo, entre los primeros cronistas, Bernabé Cobo describe la costumbre de los «antiguos peruanos» de enterrar a sus muertos «en los campos o *en las dunas de arena*» (Bernabé Cobo, citado en Balducci 1984). Mientras que Pedro Cieza de León registra la misma ocurrencia:

En muchos valles de estos llanos, en saliendo del valle por las sierras de rocas y de arena, hay hechas grandes paredes y apartamientos, adonde cada linaje tiene su lugar establecido para enterrar sus difuntos, y para ello han hecho grandes huecos y concavida-

des cerradas con sus puertas, lo más primamente que ellos pueden; y cierto es cosa admirable ver la gran cantidad que hay de muertos por estos arenales y sierras de secadales; y apartados unos de otros, se ven gran número de calavernas y de sus ropas, ya poderecidas y gastadas con el tiempo. Lllaman a estos lugares, que ellos tienen por sagrados, guaca [o huaca], que es nombre triste (...) Y usaron en los tiempos pasados de abrir las sepulturas y renovar la ropa y comida que en ellas habían puesto (Cieza de León 1945 [1553], grafía original y énfasis mío).

Así también, de acuerdo a un relato de Schreiter, esta práctica parece haberse mantenido en el valle del Cajón hasta el período Tardío:

Los cementerios de urnas decoradas enterradas directamente en la tierra son más frecuentes que los de cistas. Para aquellos *se ha elegido con preferencia terrenos arenosos*, que admitían la excavación de pozos sin mayor trabajo. La ubicación de dos de estos cementerios, *en el suelo arenoso del Valle del Cajón*, al pie del Cerro de Famabalasto, se ve en el croquis fig. 3 (Schreiter 1919:5, énfasis mío).

Por mi interés en esta recurrencia del uso de los arenales como áreas de entierro, en varias oportunidades he entrevistado a los pobladores del valle del Cajón al respecto. Los relatos que recabé revelan la profunda significación que tienen aún en la actualidad.

Durante mi estadía en Ovejera Chica, al norte de La Quebrada, pregunté por un gran médano que cortaba la ladera con arena fina. Era la Salamanca, «el lugar del diablo» donde «martes y jueves se escucha música tocar». En La Quebrada, se cuentan relatos similares. En un arenal de la ladera

cercana a Cardonal donde «aparecen dos cuernos» se cuenta que «en febrero el diablo festeja La Salamanca», nuevamente el relato sostiene que durante esta época «se escucha música, gente que se ríe y baila». Esa es gente que «se acercó una vez, por curiosidad, a mirar, atraídos por la fiesta... pero ya no vuelve, su alma se queda ahí para siempre y reaparece en la Salamanca» (registrado por Marilín Calo, com. pers. 2006).

«La Salamanca», es la referencia a la leyenda hispana acerca de aquellos «espacios mágicos» donde habita el diablo y donde se aprende brujería (Farberman 2005:121). Estas narraciones dan cuenta de la alta significación que estos lugares mantienen en la actualidad. Su asociación con el diablo y las almas hace a estos espacios lugares evitados y peligrosos. En el pasado prehispánico, su cualidad distintiva los destacó y ponderó en su asociación con los ancestros; algo de esta particular significación (i.e. espacio de las almas o el temor o respeto infundido por estos lugares) aún perdura —con matices sincréticos— en la actualidad.

En el pasado, y aún en el presente, estas evidencias nos indican que los órdenes de lo natural y lo artificial se vuelven difusos, que los rasgos del paisaje han sido efectivamente pensados significantes, como objetos de veneración, como entidades poderosas, como barreras simbólicas y efectivas entre la vida y la muerte.

Apropiación y resignificación: el rol de los muertos en la construcción del paisaje

La interpretación de Schreiter respecto del menor esfuerzo que los lugares arenosos representaban para la excavación de pozos para enterrar a los muertos puede ser real en términos prácticos, pero claro está, la variabilidad de modos y técnicas que las

sociedades prehispánicas del Noroeste argentino desplegaron para este fin distan mucho de haber sido motivadas por consideraciones meramente prácticas. A la par, otra idea que ha estado vigente en distintas regiones y momentos históricos es aquella que plantea que las tierras «yermas», no aptas para el cultivo —esto es, no redituables en términos económicos— habrían sido utilizadas para el entierro de los difuntos. No obstante, esta hipótesis elude el rol fundamental que los muertos tienen en la regeneración de los cultivos y la perpetuación del ciclo agrícola tradición compartida en muchas sociedades andinas (Bastien 1978, Allen 1982, 1988, Harris 1982, Gose 1994). Incluso en la actualidad estos espacios tienen alguna utilidad productiva ya que durante los meses de verano, los pobladores de La Quebrada suelen pastar su ganado en estos lugares.

Otra variable no atendida por estas interpretaciones es la cualidad significativa que el paisaje y las distintas materias tienen en la cosmovisión andina, aspecto registrado desde momentos históricos hasta la actualidad, y que probablemente tenga sus raíces en épocas prehispánicas. En efecto, la asociación de los arenales y los muertos evoca aquellos relatos etnográficos y etnohistóricos que subrayan la importancia de los factores sensoriales, en especial de aquello que se destaca por su color, brillo o forma particular, pensamiento que es inseparable de la cualidad de animación que se cree inherente a todas las materias (e.g. Allen 1988, Hosler 1996). Por tanto, considero que reparar en estos aspectos sensoriales permite sostener una interpretación alternativa (aunque no necesariamente contradictoria con las anteriores) en la recurrencia de dicha asociación.

En La Quebrada, la disposición de los cuerpos estuvo en parte basada en una percepción particular del paisaje que llevó a una

apropiación y resignificación de ciertas discontinuidades naturales: en la elección de los espacios dados a los cuerpos se ponderaron ciertos rasgos y materias específicas del paisaje. El entramado de texturas creadas por estas elecciones y asociaciones revela que el carácter sensorial de las materias fue uno entre otros factores fundamentales en la demarcación del ámbito de lo funerario (para otras consideraciones ver Cortés 2011). En tal sentido, ciertos rasgos que se manifiestan como discontinuidades naturales reunieron las características y cualidades materiales —visibilidad, pregnancia, diferencia— para ser elegidos como lugares de entierro. La nitidez con la que la arena fina y clara de estos médanos resalta en el paisaje, contrastando vívidamente con el entorno, hace de ellos puntos ineludibles a la mirada. En efecto, el Cementerio Duna, se destaca conspicuamente por su forma y textura, desde todos los ángulos de observación. Actualmente, es usado como hito de referencia y marca de orientación para quienes transitan La Quebrada. En el pasado, el carácter distintivo de la Duna debió haber sido sinónimo y recordatorio de la presencia de los ancestros en el paisaje.

Como es sabido, en el pensamiento andino la geografía es, al mismo tiempo, espacio físico y cosmología (Mariscotti de Görlitz 1978, Bouysse-Cassagne *et al.* 1987, Salomon 1995). Transitar el paisaje no es un acto neutral. Por el contrario, implica muchas veces acciones específicas. Por ejemplo, a largo de las rutas que conectan lugares habitualmente visitados es común encontrar acumulaciones de piedras —apachetas— donde el caminante se detiene a realizar alguna ofrenda y asegurar el buen destino o propiciar distintos efectos (Girault 1958). Asimismo, como algunos autores han destacado, moverse a través del espacio no es sólo conectar un lugar con otro, es un movimiento

a través del tiempo (Lecoq 1987). Para el antiguo Perú, Salomon (1995:322) menciona que todos los lugares considerados significativos eran ritualmente marcados. En particular, aquellos que representaban el tiempo remoto, el tiempo del origen, eran asimismo ubicados en lugares remotos del paisaje, esto es, fuera de los trayectos de actividades diarias. En La Quebrada, el espacio de los ancestros se halla lindante con las actividades domésticas (lugares de habitación, campos de cultivo, etc.) y sin embargo, atravesar estos espacios pudo haber equivocado a transitar órdenes espacio-temporales disímiles: el de los ancestros, el de los vivos.

Por otro lado, la separación de las dunas por cauces de agua (evidenciada tanto en el Cementerio Duna como en los cementerios adyacentes a las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial) es evocativa de la asociación de los ríos y los muertos que ha sido profusamente ilustrada en los estudios andinos. Asimismo, algunos relatos que he recabado en La Quebrada ilustran esta particular conexión. En conjunto, estos relatos históricos y actuales nos permiten reflexionar sobre las evidencias del pasado enriqueciendo los caminos interpretativos.

Los pobladores actuales sostienen que los muertos deben atravesar un río para llegar al Cielo. Este tránsito no pueden hacerlo solos, deben necesariamente hacerlo en compañía de un perro que los guíe. Cuando muere uno de los miembros de la comunidad, se prepara el cadáver con las mejores ropas, y en el mismo foso —tal como se estila en el pago a la Pachamama— se colocan hojas de coca, agua ardiente, vino, harina cocida, y otros alimentos que le gustaban al difunto, además de agua bendita. Es costumbre entonces sacrificar a uno de los perros del difunto: se lo alimenta en abundancia para que se «vaya bien comido» y se

lo ahorca. De la misma manera que al difunto, se lo entierra con hojas de coca, vino, harina cocida «para que tenga qué comer». El perro es un partícipe fundamental del viaje que debe realizar el difunto. Los relatos coinciden invariablemente en que el muerto debe cruzar un río, aunque existen discrepancias en cuanto a la cantidad de ríos que se deben atravesar, a veces uno, otras veces, tres, pero todos afirman que el perro es quien lo ayuda a cruzar, puesto que éste es «inmune» al río, por tanto guía indispensable del muerto en su travesía.

El mismo tipo de relato se repite en otros sectores del valle del Cajón. En San Antonio, María de Hoyos (2001) registra que el perro del difunto debe ser sacrificado a fin de que éste lo ayude «a cruzar el «Jordán», un caudaloso río de ultratumba que las almas por sí solas no pueden cruzar» (de Hoyos 2001:252). Así también, Bárbara Martínez (2008) apunta que en dicha comunidad «las almas de los difuntos se dirigen a un sitio de nombre y ubicación incierta, al que se accede cruzando el río Jordán», un camino «duro y plagado de dificultades», razón por la cual, al último de los nueve días de rituales que siguen al deceso, se escoge al perro «máspreciado por el difunto, que será sacrificado y lo acompañará y asistirá en su viaje».

En sus trabajos etnográficos en la comunidad Laymi de Bolivia, Olivia Harris ha documentado que durante el Día de Todos los Santos, cuando se venera a los muertos recientes, la ropa de los difuntos es lavada nuevamente y «todos los participantes y los objetos mismos deben cruzar a través del arroyo. El agua demarca una efectiva separación de los muertos; las almas no pueden cruzar el agua sin ayuda» (Harris 1982: 55). Para los Laymi, la tierra de los muertos «se encuentra al otro lado del mar, a la que las almas de los muertos deben cruzar en la

nariz, o en la oreja, de un perro negro» (Harris 1982:62), y concluye por tanto, que «el agua es antitética a las almas» (Harris 1982:59). Los relatos históricos también mencionan que las Salamancas pueden ser una «cueva o el cauce de un río seco, reconocible a través de la música que de allí emana», diferenciando además, entre las Salamancas «de agua» y las «de tierra» (Farberman 2005:119-120). Al mismo tiempo, se describe a la tierra de los difuntos como lugares de calor «imaginado» o efectiva sequedad (Harris 1982:62, Gose 1994:129). Las asociaciones entre el calor y los muertos también se manifiestan en el ritual funerario, durante el cual los participantes deben abstenerse de comer picante (Guamán Poma de Ayala 1615: 292, 298, Harris 1982:62, Salomon 1995:330).

En La Quebrada, los ríos que surcan el paisaje y la elección de los arenales como áreas de cementerio permiten plantear una asociación y oposición entre los muertos, los ríos y las cualidades de los médanos. Las dunas son lugares de calor y sequedad que han sido elegidos a lo largo del tiempo para el entierro de los muertos. En el área de estudio, estas dunas se encuentran a la vez delimitadas y escindidas de los sitios de habitación por cursos de agua. Las cualidades de una y otra, el agua y los médanos pueden pensarse como opuestas, y en tal sentido, si los arenales son el lugar de los muertos, el agua no lo es. El carácter de esta oposición, por tanto, indicaría una separación simbólica pero efectiva entre espacios que se hallan lindantes unos con otros.

En tanto el paisaje no puede pensarse ajeno de aquellos que lo transitan, paralelamente a la demarcación basada en las cualidades de las materias, los movimientos corporales implicados en el recorrido de los espacios fueron un segundo medio efectivo de segregación. Así, cruzar los ríos, subir a

las cumbres, descender hacia las partes bajas y calurosas de los médanos, circular por los recintos de piedra de Cardonal y Bordo Marcial, atravesar las pequeñas cárcavas y acceder a los cementerios lindantes, son gestos que definieron en la propia corporeidad, la experiencia sensorial de transitar a través de espacios cargados de una significación diferencial.

En tal sentido, sostengo que el ámbito de lo funerario fue definido sensorial y corporalmente. No obstante, el carácter efectivo de esta delimitación radica justamente en su inclusión dentro de un mismo paisaje que es también el de la vida cotidiana. Ciertamente, los lugares existen en tanto se puede ir y venir de ellos (Ingold 2007a:2), y es en estos trayectos, en la acción de transitar el paisaje, que se estableció la singularidad del espacio funerario. Esta interpretación contribuye a pensar en términos relacionales e incluir a los individuos como parte constitutiva de los paisajes. En tal sentido es una visión fundamentalmente dinámica, donde los materiales son vistos en constante flujo, y sus propiedades experimentadas prácticamente (Ingold 2007b).

Asimismo, las prácticas funerarias, al igual que otras acciones, efectuaron una «reorganización» del paisaje en formas no familiares: por ejemplo, las piedras que delimitan las estructuras fueron modeladas o dispuestas siguiendo ordenamientos que no están dados naturalmente, acciones que podrían entenderse en términos de una reordenación de lo existente.

En otras palabras, planteo que la creación de la muerte implicó la resignificación de ciertos rasgos naturales, definiendo, demarcando y a la vez conectando, los lugares de entierro con los trayectos del habitar. Ríos, cárcavas, suelos arenosos, diferencias altitudinales, o rasgos significativos del paisaje, han formado parte de la conceptuali-

zación de los muertos a través del tiempo. El paisaje, por tanto, refiere a los muertos y éstos se definen a partir de aquél. Si el espacio vivido —en oposición al espacio objetivado— queda definido por atributos cualitativos como dirección y cercanía, rumbo y esfuerzo, cualidades a partir de las cuales se conectan distintos espacios (Thomas 2001) cabe preguntarse ¿bajo qué lógica debiéramos considerar «extraordinario» al ámbito de lo funerario si la gente ha convivido día a día con él, si ha transitado —o incluso evitado— estos lugares haciéndolos parte de sus trayectos cotidianos?

Con ello retomo el punto discutido más arriba respecto a las categorías que utilizamos para discriminar la información, categorías que han llevado a la asociación de «lo funerario» con lo «extraordinario», escindiendo «lo ritual», de la «normalidad», la «cotidianidad» y «secularidad» de los ámbitos domésticos (Bell 1999, Brük 1999, Edmonds 1999, Bradley 2005). La arqueología del paisaje aplicada al estudio de las prácticas funerarias ofrece por tanto un marco integrador que permite unir acciones humanas y actividades que usualmente asumimos como categorías separadas. En tal sentido, la mirada sobre el paisaje no necesariamente debe ser aquella que distingue sitios domésticos/sitios rituales de manera tajante, ellos han conformado parte de un todo indisoluble donde vida y muerte cohabitan un mismo espacio. Sin embargo, ello no implica asumir que ambos registros debieran ser equiparados —acción que sería igualmente cegadora de los contextos particulares— sino, antes bien, el objetivo fue establecer de qué manera uno y otro adquieren su especificidad histórica. Las evidencias indican que el tratamiento de los difuntos en tiempos prehispánicos, parece por momentos balancearse entre una y otra categoría y no incluirse en ninguna exactamente.

Síntesis y conclusión

El paisaje funerario de La Quebrada había sido creado a través del emplazamiento de los cuerpos, acción que involucró la ponderación de determinadas materias y rasgos, configurando a partir de los movimientos corporales y la sensorialidad, el ámbito de lo funerario dentro del espacio cotidiano. Por ende, el ámbito de lo funerario no debe considerarse escindido de la vida doméstica, en tanto ambos se implicaron en un mismo paisaje construido a partir de los trayectos de la vida cotidiana.

A juzgar por las evidencias mencionadas, con el establecimiento de modos de vida menos móviles asociados al período Formativo en el Noroeste argentino, se comienzan a poner de manifiesto sectores de cierta extensión para la ubicación de los muertos. Con el tiempo ellos se van constituyendo en lo que hoy denominamos cementerios. En La Quebrada estos espacios para los muertos están emplazados cerca de las viviendas y de los campos de cultivo, denotando una configuración del espacio donde lo cotidiano y lo funerario se imbrican en un mismo paisaje, el espacio de los muertos intercalado con las tareas productivas y el habitar, y en tal sentido, sostengo que la cualidad de los arenales fue ponderada como altamente significativa en el pasado prehispánico al sur de los Valles Calchaquíes.

Concluyo por tanto, que la topografía fue uno de los recursos utilizados para demarcar los ámbitos funerarios dentro del paisaje habitado, entre ellos, las diferencias altitudinales (sectores altos/sectores bajos), la textura de los suelos (médanos, arenales), la presencia de cursos de agua o cárcavas (ver Cortés 2011). De ello se deriva que la experiencia sensorial —dada por los movimientos del propio cuerpo (subir, bajar, cruzar) y la percepción de las cualidades del paisaje

(nitidez, pregnancia, calor, visibilidad)— fue la condición implicada en la definición de los ámbitos de la vida y la muerte.

En suma, si los lugares de los muertos fueron: visibles, por su nitidez contrastante con el paisaje circundante (arenales); ineludibles, por la reorganización de lo ubicuo en formas no familiares (estructuras de piedra); cercanos, por su proximidad a las viviendas, los cultivos y corrales, entonces, el ámbito de la muerte no puede ser entendido de otra manera más que como parte integrante de lo cotidiano. El paisaje funerario al que me he referido en este lugar debe ser, por tanto, pensado en este sentido, integrado e inseparable de los trayectos del habitar.

Agradecimientos

A Cristina Scattolin por su apoyo y constante guía profesional. A Inés Baffi y Marisa Lazzari. Al equipo de trabajo, Fabiana Bugliani, Lucas Pereyra Domingorena, Marilín Calo, Andrés Izeta y a todos los colegas y estudiantes que participaron en las tareas de campo. A los pobladores de La Quebrada por su generosidad y hospitalidad. Las investigaciones han sido financiadas por el CONICET (PIP 0256) y la ANPCyT (PICT Raíces 0116) dirigidos por María Cristina Scattolin. Los comentarios de los evaluadores anónimos fueron de gran utilidad en la mejora de este trabajo, cualquier error, no obstante, es mi exclusiva responsabilidad.

Bibliografía citada

- Allen, C. 1988. *The bold life has. Coca and cultural identity in an Andean community*. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Allen, C. 1982. «Body and soul in Quechua thought». *Journal of Latin American Lore*, 8(2): 179-195.
- Ashmore, W. y Knapp, B. (eds.). 1999. *Archaeologies of landscape. Contemporary perspectives*. Blackwell, Oxford.
- Balducci, M. I. 1984. *Notas a «Extirpación de Idolatría del Piru»* (ver Arriaga, P. P. I.). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, *Documenta Laboris*, Año IV, n° 61.
- Barret, J. C. y Ko, I. 2009. «A phenomenology of landscape. A crisis in British landscape archaeology?». *Journal of Social Archaeology*, 9(3): 275-294.
- Bastien, J. W. 1978. *Mountain of the condor. Metaphor and ritual in an Andean ayllu*. West Publishing Co., New York.
- Bell, C. 1992. *Ritual theory, ritual practice*. Oxford University Press, Oxford.
- Bender, B., Hamilton, S. y Tilley, C. 1997. «Leskernick: stone worlds; alternative narratives; nested landscapes». *Proceedings of the Prehistoric Society*, 63: 147-178.
- Bloch, M. y Parry, J. 1982. «Introduction: death and the regeneration of life». En: *Death and the regeneration of life*, editado por M. Bloch y J. Parry, pp. 1-44. Cambridge University Press, Cambridge.
- Bornstein, P. E. y Peterson, R. R. 1966. «Numerical variation of the presacral vertebral column in three population groups in North America». *American Journal of Physical Anthropology*, 25: 139-146.
- Bourdieu, P. 1991. *El sentido práctico*. Taurus, Madrid.
- Bouysson-Cassagne, T., Harris, O., Patt, T. y Cereceda, V. 1987. *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*. Hisbol, La Paz.
- Bradley, R. 2005. *Ritual and domestic life in prehistoric Europe*. Routledge, London.
- Brück, J. 1999. Ritual and rationality: some problems of interpretation in European archaeology. *European Journal of Archaeology*, 2(3): 313-344.
- Bugliani, M. F. 2007. Representaciones visuales y prácticas en contextos funerarios. Las vasijas del Formativo en las tumbas del sur de los valles Calchaquíes. Autor: Ma. Fabiana Bugliani, Resumen ampliado. XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. San Salvador de Jujuy. *N° Especial de Revista Pacarina*. Tomo II: 421-426. FHyCS-UNJu. ISSN 1667-4308.
- Bugliani, M. F. 2008. *Consumo y representación en el sur de los valles Calchaquíes (Noroeste*

- argentino): *Los conjuntos cerámicos de las aldeas del primer milenio A.D.* Autora: Ma. Fabiana Bugliani. BAR (British Archaeological Reports), International Series, S1774. Oxford. ISBN 978-1-4073-0215-7.
- Buikstra, J. E. y Ubelaker, D. H. 1994. *Standards for data collection from human skeletal remains.* Arkansas Archaeological Survey Research Series No. 44. Arkansas.
- Cortés, L. I. 2011. *Paisaje funerario al sur del valle del Cajón: cuerpos, contextos y trayectorias históricas.* Tesis inédita de Doctorado. Departamento de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- De Hoyos, M. 2001. «Saliendo del Cajón por el Río Jordán: costumbres funerarias del Valle del Cajón, Catamarca, Argentina». *Chungará*, 33(2): 249-252.
- Dupré, J. 2006. «Scientific classification». *Theory, culture and and society*, 23: 30-32.
- Cieza de León, P. 1945 [1553]. *La crónica del Perú.* Espasa Calpe, Buenos Aires.
- Cummings, V. y Whittle, A. 2003. «Tombs with a view: landscapes, monuments and trees». *Antiquity*, 77: 255-266.
- Edmonds, M. 1999. *Ancestral geographies of the Neolithic. Landscapes, monuments and memory.* Routledge, London.
- Farberman, J. 2005. «Las Salamanacas mestizas. De las relaciones indígenas a la hechicería colonial. Santiago del Estero, siglo XVIII». *Memoria Americana*, 13: 117-150.
- Fleming, A. 2006. «Post-processual landscape archaeology: a critique». *Cambridge Archaeological Journal*, 16(3): 267-280.
- Fleming, A. 1996. «Tomb with a view». *Antiquity*, 69: 1040-1042.
- Fowler, C. y Cummings, V. 2003. «Places of transformation: building monuments from water and stone in the Neolithic of the Irish sea». *Journal of the royal Anthropological Institute*, 9: 1-20.
- Geller, P. L. 2008. «Conceiving sex. fomenting a feminist bioarchaeology». *Journal of Social Archaeology*, 8(1): 113-38.
- Girault, L. 1958. «Le culte des apacheta ches les Aymara de Bolivie». *Journal de la Société des Américanistes*, 47:33-45.
- Gittings, C. 1984. *Death, burial and the individual in Early Modern England.* Croom Helm, London.
- González, A. R., 1977. *Arte precolombino de la Argentina.* Filmediciones Valero, Buenos Aires.
- Goodman, N. 1990. *Maneras de hacer mundos.* Visor, Madrid.
- Gose, P. 1994. *Deathly waters and hungry mountains. Agrarian ritual and class formation in an Andean town.* University of Toronto Press, Toronto.
- Guamán Poma de Ayala, F. 1615. *Nueva crónica y buen gobierno.* Cortesía de The Royal Library, Copenhagen, Denmark. Manuscript's call number GKS 2232 4to. Disponible en: www.kb.dk/permalink/2006/poma/info/es/frontpage.htm
- Harris, O. 1982. «The dead and the devils among the Bolivian Laymi». En: *Death and the regeneration of life*, editado por M. Bloch y J. Parry, pp. 45-73. Cambridge, University Press, Cambridge.
- Hosler, D. 1996. Technical choices, social categories and meaning among the Andean potters of Las Animas. *Journal of Material Culture*, 1:63-92.
- Ingold, T. 2007a. *Lines. A brief history.* Routledge, London.
- Ingold, T. 2007b. «Materials against materiality». *Archaeological Dialogues*, 14(1):1-16.
- Ingold, T. 2000. *The perception of the environment. Essays in livelihood, dwelling and skill.* Routledge, London.
- Ingold, T. 1993. «The temporality of the landscape». *World Archaeology*, 25(2): 152-174.
- Leenhardt, M. 1947. «Do Kamó». CAEA Editorial, Buenos Aires.
- Mariscotti de Görlitz, A. M. 1978. «Pacha Mama Santa Tierra. Contribución al estudio de la religión autóctona de los Andes centro-meridionales». *Indiana* 8.
- Martínez, B. 2008. «Relaciones recíprocas entre vivos y muertos en San Antonio del Cajón». En *Etnografías de la muerte*, compilado por C. Hidalgo. EUDEBA, Buenos Aires. En prensa.
- Metcalf, P. y Huntington, R. 1991. *Celebrations of death: the anthropology of mortuary ritual.* Segunda edición. Cambridge University Press, Cambridge.
- Owoc, M. A. 2004. A phenomenology of the buried landscape. Soil as material culture in the Bronze Age of South-West Britain. En: *Soils, stones and symbols. Cultural perceptions of the mineral world*, editado por N. Boivin y M. A.

- Owoc, pp. 107-121. UCL Press, London.
- Parker Pearson, M. 2004. «Earth, wood and fire. Materiality and Stonehenge». En: *Soils, stones and symbols. Cultural perceptions of the mineral world*, editado por N. Boivin y M. A. Owoc, pp. 71-89. UCL Press, London.
- Parker Pearson, M. 2002. «Placing the physical and the incorporeal dead: Stonehenge and changing concepts of ancestral space in Neolithic Britain». En: *The space and the place of death*, editado por H. Silverman y D. B. Small, pp. 145-160. Archaeological Papers of the American Anthropological Association Number 10.
- Parker Pearson, M. 1993. «The powerful dead: archaeological relationships between the living and the dead». *Cambridge Archaeological Journal*, 3(2): 203-229.
- Parker Pearson, M. 1982. Mortuary practices, society and ideology: an ethnoarchaeological study. En: *Symbolic and Structural Archaeology*, editado por I. Hodder, pp. 99-113. Cambridge University Press, Cambridge.
- Parker Pearson, M. y Ramilisonina, 1998. «Stonehenge for the ancestors: the stones pass on the message». *Antiquity*, 72: 308-26.
- Salomon, F. 1995. «The beautiful grandparents: Andean ancestor shrines and mortuary ritual as seen through colonial records». En: *Tombs for the living: Andean mortuary practices*, editado por T. D. Dillehay, pp. 315-353. Dumbarton Oaks, Washington DC.
- Scattolin, M. C. 2007. «Estilos como recursos en el Noroeste argentino». En: *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*, compilado por A. E. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 291-321. Editorial Brujas, Córdoba.
- Scattolin, M. C. 1986. *Registros manuscritos de las Libretas y Diarios de Campo originales de Vladimiro Weiser 1920-1929, Expedición Muniz Barreto*. Departamento de Arqueología, Universidad de La Plata. Ms.
- Scattolin, M. C., Bugliani, M. F., Cortés, L. I., Calo, C. M. Pereyra Domingorena, L. y Izeta, A. D. 2009a. «Pequeños mundos: hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del valle del Cajón, Catamarca». *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXXIV: 251-274.
- Scattolin, M. C., Cortés, L. I., Bugliani, M. F., Calo, C. M. Pereyra Domingorena, L., Izeta, A. D. y Lazzari, M. 2009b. «Built landscapes of everyday life: a house in an early agricultural village of northwestern Argentina». *World Archaeology*, 41(3): 396-414.
- Scheuer, L. y Black, S. 2000. *Developmental juvenile osteology*. Academic Press, London.
- Schreiter, R. 1919. *Distintas clases de sepulturas antiguas observadas en los Valles Calchaquíes*. Sociedad Científica Alemana, Buenos Aires.
- Silverman, H. y Small, D. B. 2002 (editores). *The space and the place of death*. Archaeological Papers of the American Anthropological Association Number 10.
- Stuiver, M. y Reimer, P. J. 1986-2005. *Radiocarbon Calibration Program*. CALIB REV 5.0.2.
- Tilley, C. 2004. *The materiality of stone. Explorations in landscape phenomenology*. Berg, Oxford.
- Tilley, C. 1994. *A phenomenology of landscape. Places, paths and monuments*. Berg, Oxford.
- Thomas, J. 2001. «Archaeologies of place and landscape». En: *Archaeological theory today*, editado por I. Hodder, pp. 165-186. Polity Press, Cambridge.
- Thomas, J. 1993. «The hermeneutics of megalithic space». En: *Interpretative Archaeology*, editado por C. Tilley, pp. 73-97. Berg, Oxford.
- Todd, T. W. 1922. «Numerical significance in the thoracolumbar vertebrae of the mammalia». *The Anatomical Record*, 24:260-286.
- Todd, T. W. 1921. Age changes in the pubic bone I: the male white pubis. *American Journal of Physical Anthropology*, 3: 285-334.
- Trotter, M. 1970. «Estimation of stature from intact long limb bones». En: *Personal identification in mass disasters*, editado por T. D Stewart, pp. 71-84. National Museum of Natural History Smithsonian Institution, Washington DC.
- Weiser, V. 1922-1924. *Diarios y Libretas de Campo de la IV Expedición Muniz Barreto*. Originales depositados en el Departamento de Arqueología del Museo de La Plata. Ms.

Recibido: agosto de 2011
Aceptado: marzo de 2012

Leticia Inés Cortés

Es Doctora de la Universidad de Buenos Aires, área Arqueología (2011). Previamente obtuvo su título de Licenciatura en la Universidad de Buenos Aires (2005) y Master of Science en osteología humana y arqueología funeraria en la Universidad de Sheffield, Inglaterra (2007). Actualmente es becaria Posdoctoral del CONICET. Desde el año 2002 integra el equipo y es miembro de los proyectos dirigidos por la Lic. María Cristina Scattolin avocados al estudio de los estilos de vida de las primeras sociedades aldeanas del sur de los valles Calchaquíes. Sus principales intereses están orientados hacia el análisis de los cuerpos del pasado conjugando líneas interpretativas que combinan aportes de la arqueología, la bioarqueología y la antropología social. Sus trabajos han contribuido a expandir el conocimiento sobre las prácticas funerarias de las sociedades andinas del período Formativo en el Noroeste Argentino.